

DIA DIEZ.

San Francisco de Borja, tercer general de la Compañía de Jesus.

Este admirable santo, modelo de todos los estados, y uno de los mas ilustres varones del siglo XVI, justamente llamado el siglo de oro de la España, nació el día 28 de Octubre del año de 1510 en la ciudad de Gandia, y fué hijo primogénito de D. Juan de Borja, duque III de Gandia, y de Doña Juana de Aragon, nieta del rey D. Fernando el Católico. Púsosele en el bautismo el nombre de Francisco, y desde su niñez dió muestras de la santidad á que habia de llegar; pues si su docilidad lo hizo aprovecharse de todas las lecciones de su ayo y maestros, á todos admiró desde esa corta edad por sus buenas inclinaciones, su devocion y su piedad. Su amor á la penitencia se dejó percibir desde entonces, porque habiendo muerto la duquesa su madre, cuando apenas tenia diez años nuestro Francisco, se observó con espanto que su dolor no se limitó á llorarla por muchos días, sino que afligia su tierno cuerpecito con sangrientas disciplinas, para hacer mas meritorias las oraciones que dirigia al Señor por el descanso eterno de la que lo habia dado á luz.

Conociendo D. Juan de Aragon, arzobispo de Zaragoza, tio de Francisco, las bellas disposiciones de su sobrino, quiso encargarse de su educacion, y al efecto lo hizo llevar á su palacio, donde estudió con el mayor provecho las letras humanas, haciendo no menores progresos en las virtudes por la acertada direccion de un sábio y prudente monge gerónimo, que tomó por su confesor y padre espiritual; pero queriendo el duque que su hijo se dedicase al género de vida que como persona de tanta distincion debia seguir en el mundo, lo mandó á la corte, en la que se le dió un empleo en el cuarto de la infanta Doña Catarina, hermana de Carlos V. Guardó Francisco en el palacio de los reyes el mismo tenor de vida que habia seguido en el de su tio el arzobispo, al que regresó poco tiempo despues que se celebró el matrimonio de la princesa con D. Juan III, rey de Portugal, y se dedicó á estudiar filosofia, en la que manifestó la brillantez de su ingenio.

Notando, empero, su padre y su tio, que Francisco se inclinaba mas bien al retiro de los claustros que al bullicio del siglo, y deseando desviarle de aquella inclinacion tan opuesta á los empleos que debian proporcionarle la nobleza de su cuna y sus relevantes prendas, resolvieron mandarlo nuevamente á la corte, esperando que su estrépito lo distraeria de su vida recóndita y solitaria. Era entonces Borja de diez y siete años, y reunia á tan florida juventud todas las perfecciones corporales y de espíritu que hacen amables á los hombres; partia acompañado de un numeroso séquito de criados, cuando al pasar por Alcalá tuvo un encuentro misterioso, que ha llamado mucho la atencion. Iba, como decimos, nuestro santo con tan lucido acompañamiento atravesando la ciudad, al mismo tiempo que por la propia calle conducian preso á la cárcel pública por una de las muchas calumnias con que fué deshonrado de sus émulos, al grande fundador de la Compañía de Jesus; viéronse ambos, y aunque Francisco prosiguió su camino sin hacer alto en aquella ocurrencia, á Ignacio le reveló el Señor que aquel ilustre jóven seria no solo su hijo, sino tercer general de su órden, con lo que lo consoló en aquella injusta prision. ¡O admirables secretos de la Providencia!

Algo dispipó á Francisco el mal ejemplo y tumulto de la corte; pero advirtiéndole él que su corazon se apegaba insensiblemente á la vanidad y se resfriaba de su antiguo fervor, ocurrió oportunamente á los mas probados remedios, como la frecuencia de los sacramentos, la oracion, el recurso á la Santísima Virgen y la mortificacion de su cuerpo, especialmente cuando tenia precision de visitar mugeres, lo que jamas hacia sino con un áspero cilicio pegado á las carnes. Sin embargo de esta vida recogida, sabia hermanar muy bien con ella las obligaciones de caballero y del empleo que servia en el palacio, y supo ganar tanto con su edificante conducta el afecto de sus soberanos, que fué nombrado caballerizo mayor de la emperatriz y se le concedió el título de marqués de Lombay, dándole ademas por esposa á Doña Leonor de Castro, dama de la misma princesa y señora muy distinguida de Portugal; matrimonio que fué muy aplaudido de todos y que Dios bendijo con una posteridad tan numerosa é ilustre, que la mayor parte de las casas grandes de España, se gloria de la descendencia ó alianza con la casa de San Francisco de Borja.

La ejemplar conducta de nuestro santo cada dia lo hacia mas es-

timable á Carlos V, al grado de hacerlo su mas confidencial privado. Estudiaban juntos las matemáticas, acompañábanse en el ejercicio de la caza, y fueron unidos á la expedicion de Africa y de Provenza, manifestando en todas ocasiones Francisco, ser un bueno y fiel amigo, un juicioso y recto consejero, y un valiente y diestro capitán. Por el año de 1539 murió en Toledo la emperatriz Doña Isabel; y Borja tanto por la amistad que llevaba con el emperador, como por su empleo de caballero mayor, condujo su cadáver á Granada; y allí fué donde acabó de conocer la nada de las cosas humanas. Al entregar el cuerpo lo halló tan horroroso y desfigurado, que no se atrevió á jurar sino condicionalmente ser el de la muger mas hermosa de su siglo, y aquella vista y el elocuente sermón que sobre la vanidad del mundo oyó en sus exequias de boca del apostólico Juan de Avila, de tal suerte lo conmovió, que se resolvió á servir con la perfeccion posible al único Señor, digno de ser amado, y tomar por dueño al solo Eterno Sér que jamas puede morir; llegando su fervor hasta hacer voto de entrar en religion si sobrevivía á su esposa.

Nombrólo el emperador despues de este suceso, virey de Cataluña y comendador de la órden de Santiago; pero el nuevo empleo no entibió sus resoluciones. Vivía en su palacio como religioso: madrugaba á tener cuatro ó cinco horas de oracion; oía su misa diariamente; comulgaba cada ocho dias, cosa rarísima en aquel tiempo; rezaba diariamente el rosario con su familia; su ayuno era continuo, y aunque su mesa era conforme á su empleo para los convidados, él no se sentaba á ella sino á mortificarse con varias ingeniosas invenciones; la austeridad en fin con que trataba á su cuerpo y sentidos, no era inferior á la que usaba en sus alimentos. A tan rigorosa severidad de sus penitencias correspondía su caritativa misericordia con los necesitados: socorríalos con profusion; compadecía sus desgracias; era el protector y padre de todos los desvalidos y pobres de su vireinato.

Pero Borja era un hombre público de quien se exigía algo mas que estas virtudes privadas; era un magistrado que debía velar sobre las costumbres generales, y supo dar lleno á sus deberes. Su provincia estaba inundada de ladrones; mas él los persiguió hasta purgar completamente de esta plaga á Cataluña; corrigió los abusos que turbaban el régimen de los pueblos; reprimió la licencia; estermínó el vicio; hizo florecer últimamente en todo aquel principa-

do la justicia, la paz, la religion y la abundancia, haciéndose modelo de perfectos gobernantes, y probando prácticamente cuánto interesa á las naciones ser regidas por hombres que saben desempeñar las obligaciones de cristianos. La prudencia y santidad del piadoso y recto virey, fué en consecuencia asunto de la conversacion de todos los príncipes de Europa, y sus ejemplos movieron mucho al emperador Carlos V, como él mismo lo confesó á nuestro santo en varias conversaciones que tuvo con él en Monzon.

Por ese tiempo tuvo conocimiento con el padre Antonio Araos, uno de los primeros jesuitas que fueron á España, quien lo instruyó de los pormenores del nuevo instituto y de la santidad y prudencia de su santo fundador. Escribióle Francisco con el objeto de consultarle sobre su frecuente comunión que muchos le censuraban, y desde entónces se estrecharon en amistad ambos siervos de Dios. Tuvo Borja la desgracia de haber perdido á su padre, y con este motivo alcanzó del emperador licencia para renunciar el vireinato y retirarse á Gandia á arreglar sus negocios. Tomó, pues, posesion del ducado el año de 1543, y dió principio al desempeño de sus nuevos cargos en beneficio de sus vasallos, fortificando su capital para defenderla de las invasiones de los moros, reedificando el hospital y fundando un colegio de jesuitas (que despues fué universidad) para la educacion de la juventud, ademas de otro convento de dominicos que habia ya levantado en Lombay. Ocupábase el nuevo duque en estas obras de tanto beneficio público, cuando murió su esposa, dejándolo viudo á los treinta y seis años de edad con dos hijos y tres hijas, que todos, ménos una que fué religiosa de Santa Clara, se enlazaron con las primeras casas de España.

Libre ya nuestro Santo de los vínculos del matrimonio, resolvió cumplir el voto que tenia hecho de entrar en religion, y conociendo ya bastante á la Compañía de Jesus, é ilustrado del cielo en unos ejercicios que le dió el venerable padre Pedro Fabro, primer compañero de San Ignacio, se decidió á abrazar su instituto, entre otras razones por el voto que en ella se hace de renunciar á las dignidades eclesiásticas. Escribió por tanto al Santo fundador, quien lo recibió con el mayor gusto, le remitió excelentes instrucciones para embeberlo de su espíritu, y le aconsejó estudiase teología y recibiese el grado de doctor en su nueva universidad; mas como no pudiese entrar en la Compañía hasta concluir el arreglo de los negocios de su casa, para contentar su fervor le solicitó San Ignacio

del papa un breve, para que hiciese los votos religiosos y permaneciese en traje secular terminando sus asuntos, durante cuatro años.

Luego que Francisco recibió el breve pontificio hizo los votos religiosos en el colegio de la Compañía, y señalándose una arreglada division de su tiempo, lo distribuyó todo entre los ejercicios espirituales, estudios teológicos y asuntos seculares que tenia que concluir, aumentando su oracion y penitencia, juzgándose mas obligado á la perfeccion por el nuevo estado que ya habia profesado. Terminados felizmente sus negocios y recibido el grado de doctor en teología, despues de haber renunciado sus títulos y bienes en su hijo primogénito, á quien casó conforme á su calidad, pasó á Roma, donde fué muy bien recibido de San Ignacio y del papa Julio III, el que pensó hacerlo cardenal, y solo desistió de nombrarlo por sus muchas lágrimas y los ruegos de San Ignacio. Permaneció Borja poco tiempo en esa ciudad y regresó á España al colegio de Oñate habiendo visitado en su tránsito expresamente el castillo de Loyola, en que habia nacido el Santo fundador de la Compañía.

En aquel colegio recibió la orden del emperador, aprobando su renuncia, única cosa que le impedía darse á conocer como religioso; pero tan luego como llegó la carta de Carlos V y firmó la dimision de sus estados á favor de su hijo, se cortó los cabellos y se vistió su amadísima sotana de jesuita con admirable edificacion de toda España. Preparóse á recibir el sacerdocio y fué ordenado de presbítero el 19 de Agosto de 1551. Celebró su primera misa en la cámara donde habia nacido San Ignacio por la particular devocion que aun en vida profesó á este santísimo patriarca; pero la segunda tuvo que celebrarla en el campo por la inmensa multitud de pueblo que queria oirla; dió despues de ella la comunión á innumerables personas, y en seguida predicó á los asistentes con tanto fervor, que las lágrimas de todos interrumpieron muchas veces el sermón, y las grandes y ruidosas conversiones que resultaron de él, dieron bastante á entender que allí obraba el espíritu de Dios.

Fuó ciertamente la entrada de Francisco en la Compañía de Jesus un singularísimo beneficio que Dios hizo á esta sagrada religion, no ménos que á toda la Iglesia. Nombrado comisario general de su Orden por S. Ignacio, de España, Portugal y de las Indias Orientales, la defendió de la multitud de persecuciones y calumnias con que habia sido oprimida desde su nacimiento, la extendió en las doce ciudades mas principales de la península española, desimpresio-

nó al emperador y á los grandes de las malignas impresiones de que los habian imbuido los enemigos de la Compañía y de la Iglesia, contra el nuevo instituto; y siendo él mismo la mas demostrativa prueba de la santidad á que los jesuitas son llamados por su vocacion, y de la alta importancia y utilidad de sus ministerios, manifestó con los copiosos frutos que hicieron sus sermones, sus ejemplos, su modestia y sus conversaciones particulares en la corte, en toda Castilla la vieja, en la Andalucía y Portugal, cuánto debia esperarse de aquella comunidad, y con qué injusticia era denigrada por sus émulos y contrarios. En efecto, Francisco renovó el primitivo fervor en no pocos monasterios, reformó las costumbres en las provincias y en la capital, introdujo en todas partes la frecuencia de los sacramentos, y solo con dejarse ver movia y enternecia á todos, hasta hacerles derramar muchas lágrimas.

Muerto San Ignacio, habiendo sucedido en su lugar el venerable padre Diego Lainez, deseó éste tener á Francisco á su lado en Roma; pero conociendo la importancia de su presencia en España, lo mantuvo en ese reino, sirviendo siempre de muro á la Compañía, á la que no dejaba de combatir el infierno, hasta que conjuradas todas aquellas tempestades logró disfrutar de la paz que es tan indispensable para que fructifiquen los trabajos de los varones apostólicos. Por ese tiempo murió tambien Carlos V, y nuestro Santo predicó su oracion fúnebre en sus honras ante toda la corte, á quien dejó conmovida no ménos la heroica virtud del orador, que los elogios de aquel grande hombre que supo triunfar del mundo y de sí mismo en vida y en muerte. Pasó despues Borja á Portugal, donde hizo la visita de los colegios de su Compañía, predicó la cuaresma en la catedral de Evora, y visitó al Santo arzobispo de Coimbra D. Fr. Bartolomé de los Mártires de la Orden de predicadores, que acababa de fundar un colegio á los jesuitas, y al venerable padre Fr. Luis de Granada, de la misma religion, que habia tomado muy á pechos la defensa del instituto de San Ignacio, que amó tiernamente desde el punto que vió á sus primeros religiosos en Lisboa. En Oporto tuvo noticia Francisco que la inquisicion habia prohibido varios opúsculos espirituales, que un librero habia impreso con el título de *Obras del duque de Gandia*, junto con otros dos tradillos suyos; pero como verdadero humilde no quiso justificarse ni manifestar el engaño del editor que por dar salida á la venta de

sus libros habia usurpado su nombre, ni solicitar se exceptuasen los que eran producciones legítimas de su pluma.

Teniendo que pasar al concilio de Trento el padre Lainez y el padre Salmeron como teólogos del papa, recibió orden nuestro Francisco para trasladarse á Roma á ejercer el cargo de vicario general de su religion. Desempeñólo con tan universal aplauso, que muerto el padre Laimez, segundo general de la Compañía, el año de 1565, fué electo general á pesar de su resistencia y de sus lágrimas, y muy luego se experimentó el acierto de esta eleccion. Propagóse la Compañía de Jesus con innumerables casas, creciendo mas que las mismas fundaciones su fervor en la virtud, su aplicacion á las letras y su zelo por la salvacion de las almas. Dió Borja nuevo vigor á sus constituciones, enriqueció á su instituto con prudentísimos reglamentos, y puso la última mano á la regularidad de su cuerpo, que hasta el dia ha pasado como proverbio del orden y disciplina monástica. Su caridad no tenia límites; no se contentó con santificar por medio de sus hijos á la Europa invadida en muchos reinos de la heregía y corrompida por el vicio, sino que llevando sus miras mas adelante, proveyó de apostólicos operarios á la Asia, Africa y América, para que combatesen al mahometismo, y condujeran la antorcha del Evangelio á los idólatras y bárbaros. A los dos años de su gobierno mandó á la India Oriental al padre Organtino con nueve jesuitas; y en 1572 á 9 de Setiembre, pocos dias ántes de su dichosa muerte, llegaron á la Occidental el padre doctor Pedro Sanchez y sus catorce compañeros, que echaron los cimientos de la provincia mexicana, tan famosa por sus trabajos en la educacion de la juventud, la reformation de los pueblos cristianos y la conversion de los gentiles chichimecos, nayaritas, californios, tarahumares y otros. El nombre de Borja será siempre recomendable en nuestro país para todos los amigos de la religion y de la humanidad, por haberle enviado en sus hijos los varones apostólicos que tanto fomentaron la religion y la piedad.

No debe estrañarse que la Compañía de Jesus hubiese tenido tantos crecimientos en santidades y virtudes durante el gobierno de nuestro Santo, cuando se sabe lo que influye el buen ejemplo de un superior sobre la conducta de sus súbditos. Francisco de Borja, que era como el alma de ese gran cuerpo, era por sin duda el modelo mas acabado de la vida religiosa. Mortificaba su cuerpo con mil medios ingeniosos á mas de los usuales, y no habia dia en que no

lo afligiese con algun extraordinario dolor: sus ayunos eran continuos, y tales sus disciplinas que sus espaldas eran una sola llaga. Su humildad no puede compararse sino con la del humildísimo patriarca, cuyo nombre tenia. No solo se firmaba por lo comun *Francisco el pecador*, sino que en su corazon se reputaba y reconocia por inferior á todos los vivientes y aun á los mismos demonios y réprobos; de lo que se seguia no haber para él mayor gusto, que cuando lo perseguian y maltrataban. Su oracion era un éxtasis prolongado; indecible su devocion al celebrar la misa; extraordinario su amor á Jesus y María, y extremada su reverencia á todas las cosas de la religion. Con tantas virtudes competian su ciega obediencia; su extremada pobreza, su angélica castidad, su desprecio á todas las vanidades del siglo y aborrecimiento á las comodidades de la vida.

Su caridad para con el prójimo lo hizo no ménos distinguido, ni se limitó á los servicios que hemos mencionado arriba. Nombrado por San Pio V, que lo amaba tiernamente, compañero en la legacion del cardenal Alejandrino en España, Francia y Portugal, en todas partes ejerció el oficio de medianero de la paz, desempeñó el ministerio de predicador apostólico, renovó el zelo de la religion, y dejó un admirable olor de su santidad: en todos los lugares, en fin, como lo reza la Iglesia en este dia, fué *amado de Dios y de los hombres, y su memoria será bendita para siempre*.

Pero entre tantas y útiles tareas cayó gravemente enfermo en Ferrara, y tuvo que regresar á Roma, á tiempo que se hallaba junto el cónclave para elegir papa. Pensábase seriamente en él nombrarlo pontífice, como años ántes al venerable padre Lainez su antecesor en el generalato; pero con la noticia de su enfermedad, y con la memoria de haber rehusado ya por siete veces el capelo de cardenal, se dejó aquel designio tan honorífico á nuestro Santo y tan correspondiente á su elevado mérito. Mas Dios, que queria premiar con los eternos bienes, las virtudes de Francisco, le dió á entender iba á poner fin á sus trabajos, lo que conociendo este fiel siervo se dispuso con edificante fervor á la muerte. Envió á solicitar del nuevo papa la indulgencia plenaria por sus culpas; recibió con la mayor humildad y devocion los santos sacramentos; pidió perdon á los jesuitas que lo rodeaban, de los malos ejemplos que les habia dado, y despues de un éxtasis maravilloso en que acaso le manifestó el Señor la gloria que lo esperaba, el dia 1.º de Octubre del año de 1572, casi á los sesenta y dos de su edad, en-